

ACEBÓ

Helen Yulieth

Cat - Ibagué

...y si existe una utopía a la cual yo me adheriría con gusto, sería aquella en la que todo el mundo le imitaría a él, a uno de los espíritus menos graves que han existido, al último delicado.

E.M. Cioran

Lo llamaron Isidoro AceBó y fue monstruoso. Algunos creen que fue una fortuna, otros una condena, pero lo cierto es que AceBó tuvo que refugiarse en un lugar como ningún otro sobre la faz de tierra; su casa era del tamaño del mundo, dicho mejor, era el mundo: un espacio infinito y periódico. Tenía 14 puertas. ¿Una entrada o salida? ¡Lo mismo da! Una tras otra daban la ilusión de llegar a parte alguna; un laberinto sin escapatoria y curiosamente sin acceso. Sin embargo, cuando entré y le conocí AceBó ya estaba muerto.

¡Pedante y ciego! ¡De memoria prodigiosa! AceBó recibió el peor de los castigos. Fue escritor y merecía algo mejor. Pensaba que nada era comunicable a través del arte de las palabras, sin embargo el mundo lo consagró. Ahora su nombre está en boca de todos que equivale a decir en boca de ninguno. Tal vez sí merecía algo mejor. Creo haberle dicho en alguna ocasión que si no hui de su casa fue por el hecho de que era único, y que a él como a mí, no nos seduce las pompas, ni los castillos, ni los muebles, pero sí la quietud y la melancolía y desde entonces no me duele la soledad. AceBó es la paradoja de un sedentario sin patria intelectual, alguien que aunque corrió el riesgo, en efecto, no convenció a nadie de su verdad, a pesar de que su facilidad para hablar de todo fue siempre fantástica; pasó de mitologías a juegos con el tiempo y con lo infinito. ¡Hablaba

con sutileza! Con una curiosidad universal que es símbolo de vitalidad, una modestia pasmosa que le acusa de soberbia o tal vez de locura ¡Y logró lo imposible! Reconcilió la lógica y la retórica, la explicación y la creación, la profundidad y la erudición, escudriñó siempre, incluso lo más inútil.

AceBó supo que dentro de su casa todo era posible y por ello siempre a cualquier hora quiso jugar, algunas veces lo hacía con los ojos cerrados, otras sólo con la respiración, pero de todos los juegos siempre prefirió uno: jugar al otro AceBó. Alguna vez en su juego predilecto miró con profundidad al otro y vio que le gustaban los relojes de arena, los espejos y el café, pero más que nada la literatura inglesa. Ambos reían de esa equivocación ¿Para qué tener en su cuerpo bastas lecturas ¡Tantas como las de una civilización entera!? ¿Por qué conocer a Buda, a Cristo, a Mahoma, a Homero y ser entrañable amigo de Don Quijote de la Mancha? ¿Quién tan loco como para preferir a Keats? Sólo un testarudo que veía en ello una suerte de alegría, un obcecado que le encontró utilidad a lo más inútil. Les vi reír y reí con ellos, pero al tiempo sabía de su fracaso. Ahora nadie visita su casa, ya nadie lee sus libros porque implica un esfuerzo que resulta ser tan inútil como él. AceBó también lo sabía, es más, siempre lo supo. No obstante, no pudo quedarse en la sombra, donde aún se encuentran los libros con los cuales se enseñó alemán para leer a Schopenhauer, inglés para recitar verso a verso a Shakespeare, leer a Mark Twain y embelesarse con la prosa de Robert Louis Stevenson. Confieso que AceBó sí merecía algo mejor, tal vez el olvido.